

Reseña. *Semillas de historia ambiental*

Stefania Gallini (ed). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia
y Jardín Botánico de Bogotá, 2015

Shawn Van Ausdal

Profesor asociado del Departamento de Historia de la Universidad de los Andes
sk.van20@uniandes.edu.co

Sugerencia de citación: Van Ausdal, S. (2016). Reseña. Semillas de historia ambiental
tiempo&economía, 3 (2), 143-147

Semillas de
historia ambiental

COLECCIÓN GENERAL
biblioteca abierta

Perspectivas
Ambientales

Stefania Gallini
EDITORA

Jardín Botánico de Bogotá
José Celestino Muñoz

UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA
FEDEROUVEZ
FACULTAD DE CIENCIAS DE MANAS
GRUPO DE INVESTIGACIÓN DE CULTURA Y AMBIENTE
GRUPO DE INVESTIGACIÓN (HISTORIA, AMBIENTE, POLÍTICA)



La historia ambiental, la subdisciplina que da protagonismo al medioambiente en sus narrativas históricas, ha sido una especie de niño prodigio. Con raíces en el movimiento ambiental de la década de 1970, sus partidarios han logrado abrirse un espacio importante dentro de la disciplina: las conferencias anuales de la ASEH (Sociedad Americana de Historia Ambiental) ya son recurrentes, y las revistas de la ASEH y la ESEH (Sociedad Europea de Historia Ambiental), *Environmental History* y *Environment and History*, son reconocidas por su excelente calidad. Aunque el origen de la historia ambiental en América Latina surgió de manera paralela, fue un movimiento con menos eco. El éxito de la subdisciplina en Norteamérica y Europa fue uno de los factores que la promovió en estas latitudes en décadas recientes. La institucionalización y la promoción de la historia ambiental a nivel continental han sido un esfuerzo de la Sociedad Latinoamericana y Caribeña de Historia Ambiental (SOLCHA), que se reunió por primera vez en Santiago (Chile) en 2003. Los antecedentes en cada país, por supuesto, son variados; para el caso colombiano, con énfasis en la Universidad Nacional, ver la introducción de Gallini. La editora ha cumplido un papel central en esta historia reciente a través de su trabajo académico, su liderazgo en SOLCHA y como promotora de la historia ambiental entre los estudiantes de la Universidad Nacional. Este libro sirve de testamento a sus esfuerzos y al interés creciente en hacer la historia desde una perspectiva ambiental. Reúne trabajos de once estudiantes vinculados, en algún momento de sus carreras académicas, con la Universidad Nacional. Algunos eran estudiantes de pregrado cuando escribieron sus capítulos; otros estuvieron en programas de maestría o de doctorado. En conjunto, demuestran la vitalidad de la historia ambiental en Colombia y lo que estudiantes dedicados, y bien guiados, son capaces de producir.

Los primeros dos capítulos presentan resúmenes historiográficos. Vladimir Sánchez ofrece un retrato admirable de la historia ambiental y cómo ha cambiado desde la década de los ochenta. Cubre mucho territorio, que podría ser excesivo para un novato, pero el texto está bien organizado y escrito. Aunque es más descriptivo que analítico, tiene la ventaja de referirse tanto a textos clásicos dentro de la disciplina como a trabajos enfocados sobre (y muchos producido en) América Latina. Es una buena guía para profundizar en el campo. Por su parte, Juan David Reina se enfoca en un acercamiento metodológico que ha reunido varios seguidores dentro de la historia ambiental: el metabolismo socioecológico. Al medir los flujos de materiales y energía a través de una sociedad –por ejemplo, cómo un recurso ha sido apropiado, transformado, distribuido, consumido y descartado–, esta perspectiva busca resaltar tanto las externalidades implícitas en las cadenas de mercancías como las relaciones sociales y reglas institucionales que median el uso de recursos naturales que sostienen cualquier formación social. Reina hace un buen resumen de la historia, con sus diferentes ramas, de este concepto. Pero al no referirse a estudios de caso concreto, tiene dificultades para aterrizar el concepto y demostrar sus ventajas analíticas. También queda la duda de qué tanto sirve una metodología que depende de buenos datos históricos cuantitativos en un país donde han brillado por su ausencia.

Los demás capítulos son estudios de caso. Dos examinan un tema clásico en la historia ambiental americana: el cambio de paisaje después de la conquista europea. Para el territorio guane (Santander), Carolina Ardila resalta la recolonización de los bosques tras el declive de la población indígena (promovido, según ella, por razones sociales más que biológicas, aunque sin mucho sustento). No solamente el paisaje agrario indígena se fue borrando poco a poco,

pero para principios del siglo XVII los españoles se quejaban de la falta de pastizales y del empeoramiento del clima por la expansión forestal. Un par de siglos más tarde, estos bosques regenerados serán interpretados como parte de una naturaleza originaria, un tema explorado por Simón Uribe en otro capítulo. Al contrario, Katherine Mora enfatiza la continuidad de los paisajes agrícolas coloniales en la región de Villa de Leyva. Desde una perspectiva revisionista, Mora sugiere que el proceso de desertificación que ha experimentado esta región no ocurrió en el periodo colonial, como varios trabajos han argumentado. Su evidencia es un texto del siglo XVII que constata la fertilidad de la zona y otro, de finales del siglo XVIII, que indica que la producción de trigo no había disminuido. A pesar de los problemas de escala implícitos en descripciones generales como estas, y de su confusión de qué es un monocultivo y cómo se diferencian los cultivos de trigo y de maíz, la idea es provocativa. Si fuera cierto –y siguiendo las observaciones de erosión y de una producción agrícola en decadencia hechas por Manuel Ancízar a mediados del siglo XIX–, este proceso tuvo que haber ocurrido en las primeras décadas después de la Independencia, aunque este tema está por explorar.

Desde perspectivas diferentes, Juan David Delgado y Simón Uribe abordan el tema de paisajes decimonónicos. Delgado se pregunta por la rápida transformación del paisaje cultural de la sabana de Bogotá alrededor de la década de 1860. Sugiere que la agricultura campesina que predominó hasta mediados de siglo fue desplazada por una nueva clase de terratenientes y sus ganados tras las reformas liberales que fomentaron la privatización de propiedades comunales y corporativas. Es factible que Delgado subestime la extensión de las haciendas coloniales en la Sabana y siga demasiado los argumentos de observadores de la época (e historiadores más recientes) que le echaban la culpa de la disminución de la agricultura (como consecuencia de la expansión de la ganadería) al aumento del costo de los alimentos, en vez de contemplar el aumento en la demanda general (producido por la reactivación económica tras el auge exportador). Pero lo que es novedoso de su texto es la manera en que señala los nuevos paisajes –de potreros y razas de ganado importadas– como símbolos modernizantes que ayudaron a esta élite regional a justificar el nuevo orden agrario. Uribe sustituye la élite sabanera por los viajeros científicos ingleses y sus descripciones de los paisajes colombianos. Siguiendo los textos clásicos sobre la construcción ideológica del trópico, argumenta que las representaciones de la naturaleza colombiana como “promisoria e inexplorada” ayudaron a reinventar el país como laboratorio para la ciencia europea y propicio para la expansión capitalista (p. 217). Al analizar relatos producidos para la Royal Geographical Society de Gran Bretaña, Uribe rescata una serie de textos poco conocidos. Me habría gustado que hubiera desarrollado más su sugerencia valiosa que estas descripciones fueron influenciadas por las condiciones materiales de viaje en vez de existir solamente en el reino del discurso. Por otra parte, tengo la duda de qué tanto esta reinvención ayudó a fomentar la expansión neocolonialista en Colombia.

Los capítulos de Laura Felacio y María Clara Torres se complementan bien. Felacio estudia la provisión de agua, y Torres las desagües, en Bogotá desde finales del siglo XIX hasta principios del XX. Combinan problemas materiales con discursos modernizantes y la accidentada historia de la provisión de servicios públicos. El tema del suministro de agua en la capital se agudizó desde finales del siglo XIX por la triple presión del crecimiento poblacional, la reducción de los caudales en los ríos que surtían la ciudad y los altos niveles de contaminación (a la que se culpaba por el 20% de las defunciones en la ciudad). Al mismo tiempo, construir una alcantarilla



subterránea se hizo evidente para la élite por el mismo problema de la contaminación y como parte de un esfuerzo para mejorar la imagen de la capital. Curiosamente, el fracaso de los esfuerzos iniciales de compañías privadas ayudó a promover la municipalización de estos servicios como un bien público mejor manejado por la ciudad. Aunque las dos autores contextualizan estos esfuerzos dentro del gran proyecto higienista de principios del siglo XX, habrían podido profundizar estos nexos al reconocer que el saneamiento del medioambiente era visto como el camino hacia la modernidad, a través de una revitalización del pueblo colombiano (o bogotano), y no simplemente como un símbolo de progreso.

Finalmente, Oriana Prieto, Johanna Aguado y Carolina Castro enmarcan sus estudios de caso en términos de actitudes cambiantes hacia el medioambiente. Prieto y Aguado examinan los cambios en el uso de recursos naturales a través del siglo XX en dos áreas muy distintas: la Sierra Nevada del Cocuy y Güicán y la isla de San Andrés. En cambio, Castro analiza las variaciones en los discursos ambientales de los medios colombianos desde la década de los setenta del siglo XX hasta el año 2000.

Prieto pone el tema del deshielo de los glaciares tropicales dentro de una perspectiva histórica amplia. Narra cómo el deshielo, que empezó a mediados del siglo XIX en El Cocuy, abrió nuevas áreas de páramo que luego colonizaron campesinos alto-andinos. Este estudio complementa la historiografía tradicional que ha enfatizado las olas migratorias que siguieron o bajaron la cordillera. También es un caso interesante porque las tensiones típicas del campo colombiano entre colonos y terratenientes no parecen haber estado muy presentes. Al contrario, un nuevo conflicto se desató a finales de la década de 1970 cuando una nueva actitud conservacionista dentro del Estado empezó a catalogar a los campesinos como una amenaza al medioambiente alto-andino y a socavar su control territorial.

De manera diferente, Aguado demuestra cómo el esfuerzo por parte del Gobierno colombiano para promover la integración de San Andrés dentro de la nación terminó minando la relación tradicional con el agua que había existido en la isla. La conversión de San Andrés en puerto libre y la promoción del turismo aumentaron la población en la isla y cambiaron las expectativas materiales. Aguado argumenta que la nueva demanda fue (cuasi) satisfecha al costo de privatizar lo que era anteriormente un bien público. También sugiere que el acceso desigual al servicio de agua y a los desagües que sufre la población nativa refleja las inequidades que se han disparado tras el desarrollo económico de la isla. Aunque su visión del pasado parece ser romantizada, Aguado resalta las tensiones ambientales que existen donde el modelo de desarrollo actual confronta una isla con recursos limitados.

El proyecto de Castro es trazar actitudes ambientales en los medios colombianos durante las últimas tres décadas del siglo XX. Resalta que discursos globales, como los del Club de Roma, que destacó la sobrepoblación como amenaza planetaria, influyeron en cómo se reportaron el caótico proceso de urbanización informal en esta década, y el descubrimiento de contaminación y degradación en diferentes regiones del país en la siguiente. Algunos observadores, incluso, cuestionaron el modelo de desarrollo actual (algo que Aguado sigue haciendo). Con respecto a Bogotá, Castro señala las diferentes preocupaciones ambientales: la contaminación industrial, la explosión del parque automotor, la degradación de áreas verdes como los humedales y los cerros, y la expansión urbana hacia la Sabana. En esto, vale decir, veo más continuidad que variación. Pero el cambio principal que resalta Castro ha ido desde

una visión de la ciudad como antítesis de la naturaleza hacia un nuevo reencantamiento ambiental. La idea es provocativa, pero a partir del Eje Ambiental, no es muy clara la extensión de esta nueva actitud.

A pesar de algunas críticas, el trabajo colectivo detrás de este libro es importante. Por un lado, cada uno de los capítulos es producto de una investigación seria y madura. Los autores hacen buenas preguntas; ofrecen visiones sólidas y, a veces, provocativas; narran casos de estudio interesantes; y ayudan a demostrar lo valiosa que es la perspectiva ambiental dentro del campo de la historia. Por otro lado, es testimonio del creciente interés por la historia ambiental colombiana. Ojalá sirva para sembrar aún más semillas.

